

Concepción Arenal y la igualdad

Concepción Arenal and the equality

INTRODUCCIÓN:

Gloria Nielfa Cristóbal

Departamento de Historia Contemporánea. Universidad Complutense.

Recibido el 20 de septiembre de 1993.

Aceptado el 20 de diciembre de 1993.

BIBLID [1134-6396(1994)1:1: 139-156]

Con motivo del reciente centenario de la muerte de Concepción Arenal, distintas voces han señalado la necesidad de reeditar sus obras para hacerlas accesibles a un público amplio. La publicación, en la Biblioteca de Escritoras de Editorial Castalia, de *La mujer del porvenir*, responde a ese deseo, añadiéndose a anteriores reediciones llevadas a cabo por editoriales como Júcar en 1974, y Orbis en 1989.

La revista *Arenal*, en su primer número, quiere contribuir a la difusión de su pensamiento a través de sus obras menos conocidas, mediante la publicación de algunos fragmentos de *La igualdad social y política y sus relaciones con la libertad*, obra escrita en 1862, que quedó inédita a la muerte de su autora, y que se publicó por primera vez en 1898, constituyendo el tomo XVII de sus *Obras completas*, que editó la Librería de Victoriano Suárez, en Madrid. También citada como *Memoria sobre la igualdad*, se estructura en tres partes: 1.^a) De la igualdad considerada social y filosóficamente, 2.^a) De la igualdad socialmente considerada, y 3.^a) De la igualdad considerada políticamente y en sus relaciones con la libertad.

Se ha elegido el capítulo III de la segunda parte: "Consecuencias de la desigualdad social del hombre y la mujer", tema tratado por Concepción Arenal en obras como *La mujer del porvenir* o *La mujer de su casa*, pero que aquí aparece enmarcado dentro del planteamiento general que la autora hace del problema de la igualdad. Por ello, he considerado oportuno incluir también la Introducción de la obra y el capítulo I de la primera parte: "Nociones generales", para una mejor contextualización del texto.

Se trata de una obra que la autora había escrito treinta años antes de su muerte, y no había dado por definitiva, incluso después de dos revisiones bien distanciadas en el tiempo, como nos revela la nota de su hijo Fernando. Cabe pensar, pues, que el problema de la igualdad es un tema subyacente en todo su

pensamiento y sobre el que vuelve en distintos momentos, al hilo del proceso sociopolítico discontinuo que se vive en esas décadas, especialmente en España. La primera versión se sitúa en los últimos años de la etapa isabelina, durante el gobierno largo de O'Donnell, gobierno que cuenta con el apoyo de la burguesía media y alta y de los sectores reformistas de la oligarquía, y con la oposición de los demócratas. La primera revisión se produce en 1876, cuando la restauración canovista ha dejado atrás las esperanzas igualitarias que en muchos sectores despertó la revolución de 1868, y la segunda en 1892, dos años después de que los liberales en el poder establezcan el sufragio universal masculino, que ya había estado vigente en los años del Sexenio Democrático, y de que la internacionalización de la protesta sindical dé lugar a la celebración del 1.º de mayo, como jornada reivindicativa sostenida por la II.ª Internacional.

También en esas décadas (a partir de 1868) han ido aumentando en España las voces que plantean el problema de la desigualdad social de mujeres y hombres y la información acerca de los movimientos feministas en otros países. El debate será especialmente intenso en el ámbito educativo, como lo prueban los Congresos Pedagógicos, especialmente el que se celebra en 1892, y en el que Concepción Arenal presenta, como es sabido, dos trabajos. Pues bien, la educación es también el eje que utiliza en el capítulo que se reproduce aquí, ya que la desigualdad en ese terreno es de donde hace derivar las otras que se observan entre hombres y mujeres en la sociedad española.

La fe en la educación muestra aquí la raíz ilustrada de una liberal razonadora, reflexiva, que al mismo tiempo manifiesta, como en el resto de sus obras, una veta cristiana que no coincide con las actitudes más extendidas entre los católicos de su época. Se aprecia, asimismo, la combinación de la reflexión teórica y filosófica con el análisis de la realidad concreta y cercana, propio de quien se dedica al trabajo práctico de la reforma social y no sólo a teorizar sobre ella. Cuestiona la atribución sistemática a la naturaleza de las aspiraciones humanas, insistiendo en la importancia de la evolución producida por factores de tipo social, "porque el natural varía". Y si en algunos de los párrafos que dedica al tema de la prostitución parecen acumularse los tópicos de la época en relación con él, rápidamente dan paso a la raíz social del problema: La desigualdad entre hombres y mujeres, provocada por la desigualdad en la instrucción, que acarrea una serie de desigualdades en lo legal, lo físico, lo intelectual y lo moral, y que son causa, a su vez, de otros males, como el matrimonio prematuro.

Liberal que no se adscribe a ninguna fuerza política concreta, independiente, amiga y colaboradora de krausistas, pero no krausista ella misma, enemiga de dogmatismos, expone sus argumentos contra los extremos que considera nocivos, llegando a afirmar: "... no somos aristócratas, ni demócratas, partidarios del privilegio ni niveladores"¹. Contraria a las etiquetas y convencida del valor del

1. *La igualdad social y política...* Conclusión, p. 274.

razonamiento, ésta será siempre su arma más importante en contra del error: "... de discutir se trata, y no de dogmatizar, y que no tengan por ofensivo lo que les parezca erróneo, reconociendo que los errores se rectifican y se demuestran, no se acusan y se anatematizan"².

ARENAL, CONCEPCIÓN: *La igualdad social y política y sus relaciones con la libertad*. Madrid. Librería de Victoriano Suárez, 1898.

INTRODUCCIÓN³

Basta considerar la frecuencia con que se habla de *igualdad*, el calor con que se discute, la multitud de personas que toman parte de la discusión o se interesan en ella, la vehemencia con que se ataca y se defiende, la pertinencia con que se afirma o se niega, la confianza con que se invoca como un medio de salvación, el horror con que se rechaza como una causa de ruina; basta observar estos contrastes, no sólo reproducidos, sino crecientes, para sospechar que la igualdad no es una de esas ideas fugaces que pasan con las circunstancias que las han producido, sino que tiene raíces profundas en la naturaleza del hombre, y es, por lo tanto, un elemento poderoso y permanente de las sociedades humanas.

Esta sospecha se confirma, pasando a convencimiento, al ver en la historia la igualdad luchando con el privilegio; vencida, no exterminada, rebelarse cuando se la creía para siempre bajo el yugo; existir, si no en realidad, en idea y esperanza, y, derecho o aspiración, aparecer en todo pueblo que tiene poderosos gérmenes de vida.

Aspiración generosa, instinto depravado, impulso ciego, deseo razonable, sueño loco; bajo todas estas formas se presenta la igualdad, ya matrona venerable, con la balanza equitativa como la justicia, ya furia, que agita en sus manos rapaces tea incendiaria.

La igualdad en la abyección; la igualdad en el derecho; un populacho vil que quiere pasar, sobre todos, el nivel de su ignominia; un pueblo digno que se opone a que la justicia sea privilegio; el pensador, buen amigo de las multitudes, que procura ilustrarlas; el fanático o el ambicioso, que las extravía, todos hablan de igualdad, aunque cada uno la comprenda de distinta manera.

2. *La mujer de su casa*. Barcelona. Ed. Orbis, S. A., 1989, p. 94.

3. Este trabajo fue hecho en 1862, y revisado por vez primera en 1876. No debió mi madre darme por terminado en esa fecha, cuando en 1892 volvió otra vez a repasar lo hecho en 1862 y 1876. En esta labor había llegado hasta el final del capítulo II de la segunda parte: pero ni aun lo anterior lo consideraba concluido, puesto que el borrador del índice tiene entre paréntesis la indicación de (provisional). (Nota de Fernando García Arenal, hijo de la autora).

Esta diferencia en el modo de concebir una misma cosa se observa en otras muchas; pero tal vez en ninguna es más perceptible que en la igualdad, porque no hay quizás aspiración que tan fácilmente pase de razonable a absurda, cuyos verdaderos límites sean tan fáciles de traspasar, que se ramifique y extienda tanto a todas las esferas de la vida, ni que haga tan estrecha alianza con una pasión implacable y vil: la envidia. La envidia enciende sus rencores y destila su veneno en los individuos y en las multitudes que convierten la igualdad en bandera de exterminio, y por eso son a veces tan sordas a la voz de la razón y a las súplicas de la misericordia.

Estudiando la igualdad en el pasado, no se la ve seguir un curso más ó menos rápido, más ó menos regular; su brillo no crece con las luces de la inteligencia; su marcha no es paralela á la del progreso humano: tiene resplandores de relámpago, movimientos vertiginosos, ó á veces cada paso se asemeja á una erupción. Esto no es decir que carezca de ley, no; el huracán y la tempestad tienen la suya; pero es considerar cuán difícil ha de ser la observación de un fenómeno relacionado con tantos otros, y que no puede conocerse bien sino conociéndolos todos.

Mas por dificultoso que sea el estudio, parece necesario; la igualdad no se invoca ya por unos pocos, sino por el mayor número; no se limita á una u otra esfera de la vida, pretende invadirlas todas, y sin saber lo que es, ni los obstáculos que halla, ni el modo de vencerlos, se pretende suprimir el tiempo necesario, el trabajo indispensable, y supliendo la fuerza con la violencia, lograr instantáneamente lo que sólo se realizará en el porvenir, ó lo que no podrá realizarse nunca. Estas aspiraciones las tiene el que padece, con la impaciencia de quien sufre, con la cólera del que halla un remedio ó un alivio que supone negado por la injusticia y el egoísmo. Y no son cientos ni miles, sino millones de cóleras impacientes y doloridas, que piden á la igualdad un recurso para su penuria y una satisfacción para su amor propio. Y estos millones de impacientes iracundos comunican entre sí; es decir, que multiplican su impaciencia y su ira, que, contenida á intervalos, y á intervalos desenfrenada, es amenazadora siempre.

Enfrente de los que esperan en la igualdad están los que la temen, los que ven en ella una cosa monstruosa, imposible, absurda, injusta; un sueño de la fiebre popular, un producto de las malas pasiones de la plebe, ó un medio de explotarlas. Para éstos, la igualdad es sinónimo de anarquía, de caos, de degradación, hasta el punto que *igualarse* viene á ser *rebajarse*, y persona *distinguida* equivale á persona *digna*.

El antagonismo no puede ser más evidente: lo que para éstos es un atentado, para aquéllos es un derecho; aberración para unos, dogma para otros.

Los dogmas se creen; los partidarios de la igualdad, las multitudes al menos, creen en ella, la afirman con la seguridad del que no ha pensado, con la vehemencia del que espera, y, como todo ignorante que sea apasionado, están dispuestos á imponer la creencia.

El dogmatismo que suele aplicarse á las cosas espirituales aquí interviene en las materiales, y no tiene un reducido número de oráculos en el aula ó en el templo, sino que abre cátedra donde quiera, en calles y plazas, en caminos y en veredas. El dogmatismo filosófico y religioso tiene máximas y preceptos que son promesas, reglas que frenan las pasiones, y aunque influya en las cosas materiales, no se dirige tan inmediata y directamente á ellas como el dogma de la igualdad. No se trata ya sólo de ser todos igualmente hijos de Dios, que no hará más distinción que entre justos y pecadores; de ser juzgados por la misma ley penal, y de suprimir todo privilegio en la política, sino de promulgar la económica de modo que desaparezcan las diferencias en las cosas que importan más, porque no se da tanto valor á tener voto en los comicios como pan y comodidades en casa. La insurrección económica, la huelga, es la más frecuente, casi la única, y manifiesta adónde se quiere aplicar el nivel con más empeño.

Mientras otros dogmas pierden prestigio, el de la igualdad aumenta el número de sus prosélitos, y extiende su acción á cada individuo; no hay fenómeno social en que no aparezca su influencia, difícil determinar hasta dónde llegará, al menos como aspiración. ¿Quién pone límites á la fe y á la esperanza?

Y, no obstante, se comprende la necesidad de ponerlos cuando la esperanza y la fe no se alimentan de espirituales promesas para otra vida, sino que quieren realizarse en ésta con la posesión inmediata de ventajas positivas y materiales bienes. Agréguese que éstos no se buscan siempre por la persuasión, sino recurriendo á la fuerza, y es de temer que la apelación á ella se repita más y más si no se contiene la fermentación de las impacencias. Uno de los medios de contenerlas es discutir las; citar ante el tribunal de la razón á los contendientes; oírlos con imparcialidad; no negar el derecho porque sea nuevo ó porque sea viejo, sino atendiendo á la justicia; precaverse contra la pasión, que no siempre es vocinglera; contra el egoísmo, que puede ser cínico ó hipócrita; determinar bien los puntos esenciales que se discuten para quitar al asunto mucho de lo vago que hoy tiene; señalar las contradicciones que hayan podido pasar desapercibidas, pero que en los hechos dan lugar á choques y conflictos, y de este modo contribuir á que, respecto á la igualdad, se tenga opinión que se discute, un elemento social que se analiza, y no un dogma que se impone ó un arma con que se amenaza.

* * *

PARTE PRIMERA

De la igualdad considerada social y filosóficamente

CAPÍTULO PRIMERO

NOCIONES GENERALES

La idea de *igualdad* supone la de *diferencia*: si no se hubiesen notado maneras de ser diferentes, no cabía afirmar que las hubiera iguales; no se diría que los hombres lo eran, sino comprendiendo que pueden dejar de serlo. Que los aficionados á los estudios psicológicos, que propenden á ver *sucesivos* fenómenos que tal vez son *simultáneos*, discutan si la noción de igualdad ha seguido ó precedido á la de diferencia; á nosotros nos basta hacer constar que si todos fueran, se sintieran y se supieran iguales, no se discutiría acerca de la igualdad, viviríamos sin afirmarla ni negarla, sin notarla; no habría idea de ella, como no existiría la de salud si no se hubieran visto vivientes enfermos ni se concibiera que pudiesen estarlo. Anterior, posterior ó simultánea, negación ó afirmación de semejanzas ó de diferencias, la igualdad y la desigualdad coexisten de tal manera, que no puede concebirse la una sin la otra, y que el estudio de cualquiera de ellas es el estudio de entrambas.

Si, pues, desde el primer momento que meditamos sobre la igualdad la vemos que coexiste con la desigualdad, y que no se concibe sin ella, la primera consecuencia que sacaremos es que entrambas existen necesariamente, que son indestructibles la una como la otra, y que ni el nivel ni el privilegio pueden ser un medio permanente de establecer la paz y la justicia, porque uno y otro prescinden de la naturaleza de las cosas. Los defensores del privilegio niegan las semejanzas, los niveladores las diferencias, sin ver que unas y otras se prueban en el hecho mismo de tener idea de igualdad y desigualdad. Sus grados, clase y resultados darán lugar á discusiones y dudas; pero al menos quede fuera de ella que la igualdad y la desigualdad se suponen mutuamente, coexisten, son un elemento necesario que se puede modificar, combinar de este ó del otro modo, pero no suprimir; y la razón nos pone á cubierto de los radicalismos que entienden arrancar de raíz los abusos ó los errores, cuando no hacen más que prescindir de lo que es esencial á la naturaleza humana.

La igualdad supone comparación, y la comparación cosas ó personas que han de ser comparadas. Ya se sabe que todo sér es *idéntico á sí mismo*; de modo que, cuando se dice *igual*, evidentemente hay que referirse á *otro*. Igualmente supone *pluralidad* de personas ó cosas que no se aíslan, sino que, por el contrario, se aproximan para compararlas ó ser comparadas.

El número de seres, una *aproximación* suficiente, una *comparación* de sus

cualidades, son condiciones indispensables para decir ó negar que hay igualdad. Ésta supone, pues, colectividad que juzga y resuelve si algunos, muchos ó todos sus individuos han de equipararse. Por pocos que éstos sean, la igualdad es un fenómeno *social*, y por groseros que se los suponga, la igualdad está precedida de una comparación, de un juicio.

En consecuencia, la igualdad, ya se afirme, ya se niegue, no se puede considerar en una cosa aislada: como quiera que se comprenda el modo de ser de una persona, no se la *igual* ó *diferencia* por lo que en ella se observe en absoluto, sino por lo relativo que con otros tenga de común ó diferente. No siendo la igualdad personal, sino colectiva, tiene más fuerza y menos independencia que lo que depende del solo individuo; y si se conociera mejor, tendría menos osadía y menos desfallecimientos como un elemento positivo y coartado que no se puede extender indefinidamente ni suprimir.

La igualdad, como aspiración, existe en varios grados y formas, según el pueblo en que aparece y el individuo que á ella aspira; pero en ninguna circunstancia esta aspiración existe sola, sino con otras, ya del individuo que la siente, ya de los que con él están relacionados. El mismo que desea *igualarse* con los que están más arriba, quiere *distinguirse* de los iguales, y se indigna de ser *confundido* con los inferiores. El espíritu de dominación, tan hostil al de igualdad, coexiste sin él, y cuando no hay una fuerza que le sofoque, ó una razón que le enfrene, se revela: pueden verse sus tendencias avasalladoras en el niño que pretende imponer su voluntad, y más aún en el loco, que no sólo quiere que prevalezca la suya, sino que con frecuencia se reviste de autoridad superior ó poder omnipotente. Ciertamente que no se pueden aplicar á los hombres cuerdos las observaciones hechas en los niños y en los locos, pero tampoco pueden dejar de considerarse como datos; porque en el niño están los elementos del hombre; no ha dejado de serlo el loco por estarlo, y su extravío no consiste en tener instintos, facultades ó sentimientos que falten á los demás, sino en la preponderancia desordenada de alguno de ellos. La frecuencia con que los locos se creen personas muy superiores por sus riquezas, talentos ó autoridad, hace sospechar que existe en el hombre una propensión á elevarse sobre los otros, sospecha que pasa á convencimiento notando que la vanidad y espíritu de dominación son tan comunes en el hombre como hostiles á la igualdad. Si hay en el corazón humano un elemento que impulsa á *igualarse*, hay otro que induce á distinguirse, como se puede notar que existe á la vez el instinto de mando y el de obediencia. Estos impulsos pueden y deben constituir una armonía: no se diga que son fatalmente hostiles, pero no se desconozca su antagonismo y se crea que la igualdad puede establecerse sin lucha y brotar espontáneamente donde quiera que no se contaría la natural propensión del hombre. Éste, por el contrario, propende á la desigualdad, porque es vano, porque quiere distinguirse, y para lograrlo sacrifica muchas veces su sosiego, su vida y hasta su deber. Desde la noble emulación que inspira al héroe en el

campo de batalla y al sabio en su gabinete, al bestial arrojo del torero, y el artificio costoso de la coqueta elegante, hay un mundo de esenciales diferencias, pero se nota un factor común, el deseo de distinguirse; es tan fuerte este deseo, que anima al hombre en las circunstancias más varias de la vida; sofoca el ¡ay! del enfermo que siente penetrar en sus carnes el cuchillo de amputación, y la voz de conciencia de la mujer de moda se mezcla á los motivos nobles del hombre virtuoso y á los viles del criminal. Seguramente hay servidores, y aun mártires, de la religión, de la ciencia y de la humanidad, en quienes no influye el deseo de distinguirse y hacer que su nombre no se confunda con los otros, pero son excepciones; la regla general es que el individuo, siempre que puede, procura hacerse notable por alguna cosa; que si halla grados establecidos procura colocarse en los superiores, y que sólo los que están en el último piden nivelación. Hay, pues, que tener presente el hecho de que en lo íntimo de la naturaleza humana existe un impulso antagónico á la igualdad: el deseo de distinguirse.

Siendo el hombre un compuesto complicadísimo de elementos que se combinan de diversos modos, no es cosa sencilla y fácil de estudiar la igualdad: puede referirse á la fuerza, á la belleza física, á la resistencia al trabajo, la fatiga, el dolor, y contra las causas que alteran la salud; á la nobleza ó vileza de carácter, á su entereza ó debilidad, á la actividad ó apatía, al cumplimiento ú olvido del deber, al egoísmo ó la abnegación, y, en fin, á las varias facultades intelectuales. Las aptitudes diversas, las variaciones combinadas de diverso modo, dan lugar á diferencias infinitas en lo físico, en lo moral, en lo intelectual. La igualdad y la desigualdad están constituidas por un gran número de igualdades y desigualdades que modifican y son modificadas: así como del *mismo* peso ó estatura de dos hombres no se puede inferir su igualdad física, porque uno puede ser feo ó enfermo, otro bello y hermoso, tampoco por ninguna cualidad moral ó aptitud de la inteligencia se puede saber si será igual á otro que tenga aquella misma aptitud ó cualidad. Y como esto sucede, no sólo al comparar un individuo con otro, sino todos entre sí; como hay que ir reconociendo diferencias y combinaciones de ellas para conocer igualdades, este conocimiento es muy difícil, y muy común, careciendo de él, resolver como si se tuviera. El que habla resueltamente de igualdad, ¿puede responder siempre á esta pregunta? ¿De qué igualdad se trata? No; y la física, la moral y la intelectual constituyen clases muy diferentes, y dentro de ellas, variedades infinitas. Sólo clasificando estas diferentes especies de igualdad pueden conocerse, y sólo conociéndolas negar y concederse con razón.

Siendo los elementos de la igualdad físicos, morales é intelectuales, hay que tenerlos todos presentes para establecerla; si se prescinde de ellos, la igualdad es una palabra, un abuso de la fuerza, la ilusión que desaparece ó el rodillo que nivela aplastando lo que sobresale, jamás el equilibrio de una armonía duradera.

La igualdad tiene, sin duda, profundas raíces en el corazón humano; pero

además de que halla otros espontáneos impulsos igualmente arraigados que la contrarían, ninguna planta vive por la raíz sola: no basta decir que una aspiración es natural para que sea realizable; al contrario, el hombre está lleno de aspiraciones que rara vez ó nunca realiza. No creemos que sean inútiles; pero no es éste el lugar de discutir cómo pueden utilizarse, sino de consignar que las aspiraciones no son, ni profecías, no oráculos, sino impulsos que es necesario enfrenar, ó cuando menos dirigir. Para apreciar los grados de realidad que pueden tener las aspiraciones, cierto que ha de tenerse en cuenta la naturaleza humana, pero cuidando de distinguir que hay inmensas diferencias entre el *natural* de un salvaje, de un bárbaro ó de un hombre civilizado, y aun dentro de la civilización, según sus grados, tendencias y lugar que en ella se ocupa, entre unos hombres y otros; de modo que, cuando se habla de conformarse á las aspiraciones naturales, es necesario investigar cuáles son, porque el natural varía.

Aun cuando la igualdad sea aspiración legítima y realizable, no puede prescindir del principio *no hay derecho contra el derecho*, ni afirmar que el suyo es el más sagrado, que no tiene límites fijos, que su uso no está sujeto al abuso, y, en fin, que puede sustituirse con una maza la balanza de la justicia. Pero desde que la igualdad es derecho, es sagrado como cualquier otro, indestructible como todos; y siendopreciado como pocos, y haciendo como ninguno fácil la alianza de la razón y las pasiones, negarle es tan imprudente como injusto.

De todo lo cual se infiere que la igualdad es un problema social de los más complicados y difíciles de resolver.

PARTE SEGUNDA

De la igualdad socialmente considerada

CAPÍTULO III

CONSECUENCIAS DE LA DESIGUALDAD SOCIAL DEL HOMBRE Y LA MUJER

No puede entrar en nuestro plan, porque sería salirnos del asunto que tratamos, discutir sobre si las facultades intelectuales de la mujer son ó no inferiores á las del hombre; basta á nuestro propósito considerar:

- 1.º Si tiene la mujer más facultades intelectuales que cultivar;
- 2.º Si de la falta cultural resulta para ella desigualdad;
- 3.º Si esta desigualdad se gradúa de modo que la rebaje respecto al hombre;
- 4.º Consecuencias de que esté rebajada.

¿TIENE LA MUJER MÁS FACULTADES INTELECTUALES QUE CULTIVA? Hay opiniones acerca de si conviene ó no que la mujer se instruya, y también sobre el alcance de su inteligencia; pero no respecto al hecho constante y comprobado de que es apta para trabajos intelectuales, industriales y artísticos á que no se había dedicado hasta aquí y á que no se dedica aún en los pueblos poco cultos; en los más civilizados la mujer adquiere conocimientos científicos, artísticos, mercantiles é industriales que prueban de una manera concluyente su aptitud para ellos, y más, á medida que se le dan mayores facilidades para aprender.

En España, aunque poco, también ha progresado la enseñanza de la mujer, poniendo de manifiesto que tiene aptitud para las ciencias, las artes, la industria y el comercio. Las leyes, las costumbres, su ignorancia misma, se oponen en muchos países á que se instruya; pero en ninguno se ha visto que sea incapaz de aprovecharse de la instrucción á medida que la recibe y que no se eleve en la escala intelectual. En los Estados Unidos, en Suecia, en Inglaterra, en Rusia, donde quiera que no se le prohíbe la actividad intelectual, la despliega iniciándose en las ciencias, ejerciendo artes á que exclusivamente se dedicaban los hombres y tomando parte en los procedimientos de la industria, en las operaciones mercantiles, etc., etc. Prescindiendo, según hemos indicado, de si sus facultades intelectuales son iguales ó equivalentes á las del hombre, parece fuera de toda duda que tiene más que ha cultivado hasta aquí y que cultiva aun en los pueblos donde mejor se la instruye.

¿DE LA FALTA DE CULTURA RESULTA PARA LA MUJER DESIGUALDAD RESPECTO DEL HOMBRE? Basta formular la pregunta para determinar la respuesta afirmativa. Es patente la desigualdad que resulta entre dos personas de las cuales una estudia, aprende, sabe, y la otra no recibe instrucción alguna. La esposa del hombre de ciencia, del artista, del industrial, del comerciante, nada entiende, por lo común, ni sabe de la profesión de su marido: unidos están por el afecto; intereses comunes tienen, y, no obstante, en las cosas del entendimiento se hallan separados por la diferencia esencial que existe entre quien sabe lo necesario y el que lo ignora todo. Por preocupado que esté un hombre con un problema cualquiera, no lo comprendería mejor que la criada. Existe, pues, entre el hombre y la mujer de la misma clase una desigualdad evidente que resulta de la ignorancia de ésta y la instrucción de aquél; y como el elemento intelectual, si es influido, como sabemos, también influye en el moral y el físico, las desigualdades de inteligencia determinarán otras, y tanto más, cuanto la civilización esté más adelantada y la cultura sea mayor. Sucede respecto á los sexos algo parecido á lo que acontece con las clases: no las hay en una horda salvaje, y se van formando y aumentando sus diferencias á medida que el pueblo se civiliza. Así también la desigualdad intelectual que no existe entre la mujer y el hombre cuando la ignorancia es común á entrambos, va graduándose á medida que el saber se aumenta si no se instruye más que uno solo. Y no es necesario recurrir á la Historia para estudiar en sus diferentes épocas el hecho, sino que puede observarse hoy en cualquier pueblo porque en todos existen, aun simultáneamente, clases cuya cultura constituye gran diferencia entre el hombre y la mujer, y otras en que son igualmente rudas las personas de los dos sexos.

Este último caso comprende un número menor del que á primera vista se creería, porque entre el hombre y la mujer que parecen igualmente rudos, suele tener el primero alguna mayor cultura. Se pone algún mayor cuidado en enviarle á la escuela, y sabe leer, escribir y contar con más frecuencia y algo mejor. Además, la educación industrial del hombre, aun del pueblo, es muy diferente de la que recibe la mujer, á quien están vedados casi todos los oficios que exigen arte y aprendizaje. Son muy desiguales los conocimientos de la obrera y los que tiene un oficial ó maestro de cualquier oficio, exigiendo la práctica de la mayor parte de ellos conocimientos ó habilidad que están muy por encima de la educación industrial de las mujeres; todo esto es bastante sabido para que no sea necesario insistir más.

LA DESIGUALDAD QUE EXISTE ENTRE EL HOMBRE Y LA MUJER, ¿REBAJA Á ÉSTA? Las evidentes desigualdades que hemos recordado y todo el mundo sabe, constituyen *inferioridades* respecto á la mujer. ¿Cabe dudar que el que *ignora* es inferior al que *sabe*, en cualquier asunto, lo mismo que se trate de escribir un libro ó de imprimirle, de hacer un puente ó un par de botas? La inferioridad de la mujer no se limita á una ú otra esfera social, sino que llega

á todas; no sabe la teoría de las ciencias ni la práctica de las artes y oficios; para la obra intelectual no se la admite, y para la artística é industrial sólo en pocos casos y en la clase ínfima.

De esta inferioridad científica y artística resultan otras. No siéndole posible á la mujer el ejercicio de las profesiones, artes ú oficios lucrativos, se agolpa, puede decirse se apiña alrededor de los pocos trabajos manuales á que puede dedicarse, y cuyo precio se rebaja en términos que hacen, por lo común, imposible que viva de su trabajo; la depreciación de éste resulta de una concurrencia desesperada, de la poca consideración que merece la trabajadora y de otras causas que no hay para qué investiguemos, bastándonos aquí consignar el efecto, que es la imposibilidad de que la mujer con su trabajo gane lo suficiente para vivir.

Inferior en la esfera intelectual y en la artística, con una inferioridad tan general y constante, la mujer tiene que resultar, y resulta, rebajada.

Pasadas las idolatrías del amor, y prescindiendo de ciertos sentimientos caballerosos y tiernos afectos de familia, la mujer ocupa un lugar muy inferior al hombre en la opinión, en la ley, en las costumbres, y su desigualdad llega á un grado que la rebaja.

Nos causa extrañeza, repugnancia ó indignación el proceder de los salvajes que abusan de la fuerza para hacer trabajar á sus mujeres mientras ellos huelgan, convirtiéndolas en bestias de carga; pero el proceder de los hombres civilizados hasta aquí, si es menos brutal, no ha sido mucho más justo. ¿No es un hecho de fuerza y un abuso de ella la prohibición de que las mujeres se dediquen á profesiones y oficios para los cuales tienen reconocida aptitud? La desigualdad que resulta, ¿no es consecuencia de la *muscular* más bien que de la intelectual, y un verdadero salvajismo el no dejar á las mujeres más que aquellos trabajos que por muchas circunstancias han llegado á ser abrumadores para ellos?

Las mujeres, infinitamente más ignorantes y más pobres que los hombres, han de ser menos consideradas y aumentar su descrédito en estados sociales donde el saber y la riqueza tienen mayor importancia cada día. Prescindiendo de excepciones, y observando lo que hay en el fondo de apariencias que engañan, la regla y la realidad es que la pobreza intelectual de la mujer la lleva á la miseria económica, lo cual la rebaja, y que, en circunstancias desfavorables y frecuentes, de su penuria y desprestigio resulta su abyección.

CONSECUENCIAS DE QUE LA MUJER ESTÉ REBAJADA. Las consecuencias de la desigualdad que deprime y rebaja á la mujer son:

- Legales;
- Físicas;
- Intelectuales;
- Morales.

Las enunciamos en el orden inverso de su importancia.

Consecuencias legales.—La mujer fue considerada como esclava, primero; después, como sierva, y por último, como menor: todas las legislaciones de los pueblos civilizados se han modificado en favor suyo y con tendencia á igualarla; pero esa tendencia, más ó menos marcada, realizándose más lentamente ó con mayor rapidez, no es todavía un hecho en pueblo alguno, porque no hay uno solo en que la mujer y el hombre sean iguales ante la ley. Sin derechos políticos, mermados los civiles, incapacitada legalmente para las profesiones y para los cargos públicos, en el veto de la ley halla el reflejo de la opinión y un insuperable obstáculo á su actividad y razonable independencia. Proclamada legalmente su inferioridad intelectual, tenida, en parte, como menor, estas circunstancias no son atenuantes cuando delinque: el legislador, que la considera inferior para utilizar las ventajas sociales, la trata como igual al hombre para penarla, y aun en ciertos casos le exige responsabilidad mayor y la pena más severamente. La ley, que le cierra las puertas de los establecimientos del Estado, le abre las del lupanar; la ley, que no le permite publicar un libro sin permiso de su marido, no le exige el de su padre para entrar en la casa de prostitución legalmente autorizada.

Consecuencias físicas.—La mujer, como trabajadora, no está ni aun al nivel de los obreros menos inteligentes y más débiles respecto al salario. Es tal su desprestigio y el desdén que inspira, que la misma obra, sin más que porque ella la hace, se paga menos que si la hiciera el hombre; cualquiera labor que realice, cualquier cargo que desempeñe, es siempre con rebaja en la retribución respecto á las personas del otro sexo que prestan igual servicio; y esto no es sólo un hecho, sino que parece un derecho, y cosa muy natural que un hombre gane más que una mujer.

Como tales hechos son generales y constantes; como las mujeres están incapacitadas para el ejercicio de las profesiones y oficios lucrativos; como los pocos trabajos á que pueden dedicarse están mal retribuidos, y peor si son desempeñados por ellas; como además no hallan trabajo, resulta que su situación económica es aflictiva; que no teniendo medios de subsistencia, no pueden tener independencia; que se casan de cualquier modo, se prostituyen *ó se matan para ganar la vida*, según una frase que parece carecer de sentido y le tiene bien terrible.

De las diez ó doce horas de trabajo continuo y sedentario, con el cual la mujer no gana para procurarse lo necesario fisiológico, resulta una vida que se pierde ó cuando menos se debilita por el exceso de fatiga y falta de alimentación. Es raro, muy raro, que pronto ó á la larga no enfermen las mujeres que viven de su trabajo, y más raro aún que tengan la robustez necesaria para que, si llegan á ser madres, no engendren una prole raquítica. Esos niños endebles y escrofulosos pueden serlo por muchas causas; pero una muy poderosa es que deben la existencia á madres que han trabajado mucho y comido poco, y con su sangre y su leche empobrecida dejan una prole cuya debilidad es el reflejo de

su desdicha. La inmensa mayoría de las mujeres necesitan trabajar para vivir; se halla sin trabajo ó tiene que aceptar los rudos, peor retribuidos y más mecánicos; siendo considerada cual máquina, débil; necesitando mucha fuerza para transmitir una parte á sus hijos como madre y como nodriza, y no teniendo esa fuerza, de su debilidad resulta la de la prole y una concausa poderosa para la degeneración de la raza.

La situación económica de la mujer, su falta de recursos propios, dan también otro resultado, los matrimonios prematuros, cuyas consecuencias físicas son deplorables. El hombre suele esperar, para casarse, á concluir su carrera, á tener un oficio ó modo de vivir, á quedar libre del servicio militar, etc., etc.; la mujer, que no tiene más carrera que la del matrimonio, lo celebra, por regla general, en cuanto halla con quién. Aunque sea muy joven, aunque sea una niña, aunque esté muy lejos de la plenitud de vida necesaria para transmitirla robusta, será madre de hijos endebles, y ella se debilitará ó perderá tal vez la salud. Esta consecuencia física del estado social de la mujer tiene mayor importancia de la que tal vez se supone.

Resultado en gran parte de la miseria y de la ignorancia es la prostitución, cuyas consecuencias físicas son envenenar las generaciones y degradar las razas, sin que basten á evitarlo las llamadas policía de costumbres y leyes de higiene. Habrá virus físico mientras haya cáncer moral, y cáncer moral en tanto que la masa de las mujeres sea tan pobre é ignorante, esté tan rebajada, tan baja, en la escala social, que al menor tropiezo se halle en peligro inminente de caer en la prostitución.

Consecuencias intelectuales.—Pensadores, filántropos, hombres ilustrados y caritativos, amantes de la ciencia y de la humanidad, no comprenden cómo ésta no va más de prisa por las vías del progreso. Academias, cátedras, liceos, tribunas, escuelas, libros, revistas, ¡cuántos medios de difundir rápidamente la ciencia, que no obstante se comunica tan despacio! ¿Cuál será la causa? Muchas puede haber; pero una, y muy poderosa, es sin duda la ignorancia de la mujer, punto de apoyo para el error, obstáculo para la difusión de la verdad. El publicista la demuestra, cree demostrarla á todos, sin hacerse cargo de que las mujeres en general, ó no ven la demostración, ó no la comprenden, y que lo escrito llega á ellas muchas veces traducido por quien de propósito ó sin querer lo traduce mal.

Al calcular la suma de instrucción respecto á ciertas clases, no se tiene en cuenta que la mitad de las personas que pertenecen á ellas no son instruidas. La madre, la esposa, la hija, la hermana del hombre de ciencia, lejos de ayudarle á difundirla, es indiferente, se convierte en un obstáculo para que se difunda, ó se hace aliada de los que la combaten; esto tiene excepciones, y más en los pueblos más cultos, pero en los que lo son poco, es la regla. Aunque la posición social de la mujer es muy desventajosa, no deja de ejercer grande influencia respecto á la familia, en la que no propaga verdades que desconoce ó que tiene

por errores. Además, la gestión económica de la casa es suya, y no es raro que auxilie pecuniariamente á los que combate su marido, y que para coadyuvar á difundir las ideas de éste no pueda hacer nunca economías. Si el antagonismo llega á convertirse en lucha, sucede muchas veces que el hombre se cansa y cede, y por lo que él llama paz contribuye pecuniariamente al poder de los que le hacen la guerra. Lejos de haber unidad de pensamiento en la familia respecto á muchas cosas esenciales, las mujeres, ó no le tienen, ó piensan de distinto modo que los hombres. Si la mujer se halla sola, viuda ó soltera, y tiene bienes de fortuna, todavía está en peor situación y más expuesta á ser instrumento de error, con su riqueza y su ignorancia. Bajo pretexto de guiarla, no faltará quien la extravíe y se cobre bien el trabajo de persuadirla de que va por el camino mejor. Como si la mujer no es apta para adquirir lo es para heredar, la herencia, en las clases acomodadas, pone á su disposición capitales considerables, que en parte, en mucha parte, se emplean contra la verdad. Cuando falta armonía entre los medios materiales é intelectuales, resulta siempre daño: el obrero se embriaga y se corrompe; la mujer es explotada en provecho del error, y esclava de él, se cree libre porque tiene doradas las cadenas.

Así, pues, rebajada la mujer bajo el punto de vista de la inteligencia, contribuye poderosamente á rebajar el nivel intelectual del hombre; es una red invisible para muchos, pero tupida y resistente, en que se aprisiona el pensamiento, resultando que la civilización camina como un cojo, y cae con frecuencia por la desigualdad excesiva de los miembros que le sirven para marchar.

Consecuencias morales.—La posición social de la mujer, que la reduce á la ignorancia, á la pobreza, á la miseria, á la dependencia, ha de ser fatal á su dignidad, ha de rebajarla moralmente, y en efecto, la rebaja: si así no sucediese, sería preciso concluir que el miserable ignorante es el que está en mejores condiciones para ser virtuoso. Las estadísticas criminales de todos los países ponen de manifiesto que es mucho mayor el número de hombres penados que de mujeres; pero el nivel moral de éstas no sube en la proporción que baja el número de los que entran en las penitenciarías. Las estadísticas criminales prescinden de un dato de que no pueden prescindir las morales; prescinden de la prostitución, que la ley tolera ó autoriza, y que la moral condena. Una prostituta está moralmente más rebajada y es socialmente más perjudicial que gran número de las personas condenadas por los tribunales.

La prostitución de que hablamos como daño físico, lo es mucho mayor moral; y si los males del alma fuesen perceptibles como los del cuerpo, no habría leproso tan repugnante como una prostituta.

Ese es azote físico y moral de las sociedades, ¿sería posible que existiera más que como excepción rara, si la mujer no fuera miserable, física e intelectualmente, y no estuviere rebajada en concepto del hombre y en el suyo propio? La desigualdad social excesiva de los sexos hace, entre otros males, el de disminuir la dignidad y anular en parte la personalidad de la mujer: cuando las

condiciones de ésta la ponen en el caso de descender más, baja aún, y resulta la prostituta. Lo que hay en ella de más repugnante, de verdaderamente monstruoso, resulta de su falta de personalidad. Forma parte de la sociedad; tiene derechos civiles; es hija, madre, hermana, hasta esposa, y *no es persona*; no, no es persona; por eso la desprecia el último hombre aunque sea un criminal; por eso es tan abyecta y repulsiva. Y como esa monstruosidad moral no es un hecho raro; como son miles, muchos miles de criaturas las que inoculan sus virus salpican su ignominia sobre la sociedad que las tolera, vienen á constituir un elemento perturbador en alto grado, poderoso, constante é incompatible con la moral. En los atentados contra ella se hallan por todas partes cómplices livianos, codiciosos ó ignorantes, y el hecho se repite, se generaliza, hasta el punto de que se atreve á llamarse derecho, y vive al amparo de la ley, y hay una cosa que es al mismo tiempo abominable y lícita. Todo esto sucede por contagio; son las emanaciones de la podredumbre, que, por ser tanta, vicia la atmósfera y empaña la esfera, que debiera ser inmaculada, desde donde da sus oráculos la justicia.

Como la prostituta es físicamente tan repugnante y dañina, hace apartar la vista ó que se la mire principalmente por esta fase, y no llama bastante la atención de todos hacia su deformidad moral. Y en ella es donde principalmente debemos fijarnos; porque el hombre está en su inteligencia y en su voluntad, y ofuscación de la una y perversión de la otra hay en todo daño que hace. En el causado por la mujer liviana hay maldad y absurdo, casi podría decirse irracionalidad, por ser completamente irracional un proceder que lleva consigo la perdición segura, inevitable y sabida de quien así procede.

Pero ¿cómo se verifica esto? ¿Cómo hay miles, tantos miles de criaturas que se lanzan á un daño cierto y conocido, que aceptan su perdición, que arrojan su cuerpo al muladar del vicio y se suicidan moralmente? ¿Cuál es la causa de que se repita tanto un hecho que parece tan preternatural y fuera de razón? Respecto á la mujer, este hecho como generalizado, como permanente, como verdadera calamidad social, no se explica por las pasiones y los instintos pervertidos y desenfrenados que, cuando más, producirían la prostituta como el ladrón y el asesino: decimos *cuando más*, porque, dada á la mujer la personalidad que hoy le falta, y la instrucción y medios de subsistencia que no tiene, habría de vencer para prostituirse más repugnancias, hacer peores cálculos, prescindir más de su verdadero interés que el hombre que infringe las leyes pasando á vías de hecho ó apropiándose lo ajeno. La naturaleza humana explica la prostitución de uno ú otro individuo, pero de masas no puede explicarse sino por el estado social, por la inferioridad que, según él, tiene la mujer respecto del hombre.

Sin llegar al extremo de la *mujer perdida*, frase gráfica con que se expresa que ha desaparecido moralmente; sin llegar á este extremo, la desigualdad social de la mujer tiene consecuencias deplorables. Es una de ellas el matrimonio prematuro, que si tiene inconvenientes físicos, también morales, haciendo esposas, madres, amas de casa, á criaturas sin la circunspección y la experiencia que

no pueden tener los pocos años, é indispensables para la dirección moral de la familia y material del hogar. Aunque una mujer sea muy joven, aunque sea niña, si hay ocasión de casarla se aprovecha, porque podría no presentarse otra, y ella no tiene más carrera. Tardará aún años en ser mayor según la ley, en poder disponer para la venta de algunos metros de tierra; pero dispone del orden doméstico, del porvenir de sus hijos que no sabe educar, de la paz, de la dicha del hogar y del honor de su marido: todo esto se pone con frecuencia en manos de una niña. Es en parte falta de la ley; pero las leyes ya se sabe que son el reflejo ó el eco de las ideas y de las costumbres, y mientras la mujer no tenga verdadera personalidad, ni más posición social que la que le da el matrimonio, ha de apresurarse á contraerle.

Las mujeres, no sólo se casan pronto por tener prisa de casarse, sino que muchas veces se casan mal. El amor, la conveniencia de circunstancias y caracteres, no se atiende bastante, en ocasiones no se atiende nada, por considerar solamente la necesidad de tener una posición social, un sostén, una persona que provea al sustento de la que por sí no puede ganarle, y evitar la situación precaria y tal vez aflictiva de la mujer soltera cuando sus padres han muerto y se han casado sus hermanos. Todos estos cálculos que tienen que hacerse, que es imposible que no se hagan, han de producir consecuencias morales deplorables, uniendo á los que no se unirían sin la especie de fuerza mayor, resultado de la inferioridad social de la mujer.

La desigualdad intelectual es también una causa perturbadora del buen orden y moralidad de la familia. No sólo se recomienda por completo á los extraños la instrucción del niño, sino que éste, vista la ignorancia de su madre, propende á desdeñarla, propensión que es una concausa de la falta de respeto que hoy menguan tantos otros motivos. La influencia de la madre, tan necesaria para el niño y para el joven, tiene que resentirse de su inferioridad intelectual y si por muchas circunstancias no se disminuye, no es raro que sirva para extraviar al hijo que debfa dirigir: el sentimiento, el instinto, no ordenados por la razón ilustrada, pueden arrastrar ciegamente ó retraer con cálculos egoístas.

Si la ignorancia es un mal en la madre, lo es también para la esposa, que no será la compañera de su marido siempre que entre ellos haya una gran desigualdad intelectual. Cuando el amor ha dejado ya de dar importancia á todas las fruslerías, ¿qué es el trato entre una persona instruida, seria, y otra ignorante y frívola? No puede tener aquella intimidad constante, resultado de una armonía que no existe, y el hombre busca la compañía de sus amigos, la mujer, de sus amigas, porque es natural complacerse en la sociedad de sus iguales. En fuerza de ver esta separación intelectual de los sexos que la produce tan profunda en las familias, no se repara en ella, ni se notan sus malas consecuencias. No son mejores para la moral que la actividad de espíritu de la mujer no se emplee en cosas racionales y serias, y se vuelva toda á los caprichos de la moda y á los desenfrenos del lujo, con ruina de la fortuna de su marido y no pocas veces de

su honor. De la falta de instrucción de la mujer, de la educación que se la da, de su posición social, falta contradictoria, anómala, resultan contrastes absurdos y daños grandes, todo en perjuicio de la moralidad y de las costumbres; y como las costumbres y la moralidad son piedra angular de todo bien en un pueblo, urge disminuir el desnivel que existe entre los sexos.

Con riesgo de ser pesados hemos de repetirnos, porque nos importa mucho ser claros y no dar lugar á equívocos ni torcidas interpretaciones en algunos puntos esenciales. La igualdad no es en los sexos, ni en nada, la identidad; no queremos entre la mujer y el hombre la igualdad *absoluta*, sino la *suficiente* para la armonía que hoy no existe, que no puede existir por desigualdades excesivas. No pretendemos que las mujeres sean militares, sino que no sean rechazadas de aquellas profesiones y oficios para que resulten aptas, y que no se declare su ineptitud sin que esté probada por la experiencia. No queremos lo que se entiende por la mujer *emancipada*, sino lo que debe entenderse por la mujer *independiente*; no queremos el *amor libre*, sino el matrimonio *contraído con libertad*, y en él, con las diferencias naturales y convenientes, las semejanzas necesarias para que sean la base firme de la virtud y prosperidad de los pueblos.